

legios? Nuestra querida Niña lo dirá: «Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo, cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen» (1). María, pues, está en el principio, en el centro mismo de la divina misericordia. Ella es su trono. Ella es su fuente. En Dios hay justicia y misericordia: nuestros pecados provocan la primera; es la segunda excitada por los ruegos de María; porque Ella es el Tabernáculo de Dios, el Arca de Noé, que recibe y preserva del naufragio á todos los hombres que la buscan; la redomita de óleo de misericordia que jamás se agota, el acueducto de la gracia que sale del Paraíso, el canal que riega y fertiliza las almas de los hombres, el santuario de Dios donde el Señor tiene guardados sus más ricos tesoros de bondad y clemencia, el río, en fin, de la ciudad de Dios, que, alegre y caudaloso, nos inunda en sus ondas de vida y salvación (2).

§ II.

María va caminando hacia el Egipto con su Niño en brazos: ¡cuántas amarguras y dolores tuvo que sufrir ese corazón de Madre! Al principio de su viaje, el temor se apoderó de su alma: era indispensable pasar junto á la santa ciudad; ¿qué haría si alguno la quisiera detener en su ca-

(1) Luc., I, 49, 50.

(2) Benzonius cit.

mino, y preguntando la causa de su marcha llegase á descubrir que iba huyendo á lejanas tierras, para evitar la persecución del rey Herodes? Y si el Niño llora, aumentan los temores de María; quisiera, en verdad, acallarlos con su amor; lo estrecha á su seno, y así continúa la Madre caminando. Cierto es que la Purísima Virgen sabe que Dios cuida la existencia de Jesús con amoroso y paternal cariño; pero Ella es madre; y también conoce que viaja por una tierra de la que es indispensable separarse, y en donde muy pronto será buscado el Niño para darle muerte.

El dolor también hundía su dardo en el corazón de nuestra Madre cuando iba huyendo á Egipto con su Divino Hijo; era muy grande el cariño que tenía á Jesús, para no sentir que desde su tierna edad los hombres quisiesen darle muerte. Y su dolor iba envuelto en ondas de amarguísima tristeza (1); ¿qué sería de los hombres que de esta suerte obligaban al Señor y á la dulce Madre á separarse de su tierra? Y María los amaba con ternura, é iba pidiendo á Dios por ellos.

Al retirarse de Jerusalén nuestra Señora, y comenzando á entrar en el desierto, respira su afligido corazón; llena de gratitud, bendice á Dios, y estrechando de nuevo contra el seno á su querido Niño, le ama, si es lícito decirlo, con más vivo y encendido amor. Cuando hemos escapado á grandes riesgos, y juntamente con nosotros vemos salvo el objeto que adora nuestro amor, lo abrazamos tan estrechamente, que bien quisiéramos

(1) Stæ. Birg. Revel., L. VI, cap. LVIII.

mos fuese imposible apartarlo de nosotros; el peligro que acaba de pasar nos descubre con nuevos resplandores la belleza del amado, y nos muestra cuál sería la desventura de vivir sin él. Una vez perdido, ¿á quién pudiéramos querer en lugar suyo? ¿Quién nos ha de dar la paz y los consuelos que á su sombra hubimos gozado en otro tiempo?

Descubrimos, pues, en lo que vamos contemplando, una hermosa y saludable enseñanza: en medio de los peligros por que tiene que atravesar en el mundo la virtud, llevemos siempre con nosotros el temor de Dios. Feliz el hombre que siempre está temeroso. Obremos nuestra salud con temor y con temblor (1). María camina con Jesús, y, sin embargo, teme; temamos, pues, también nosotros, aunque estemos en la gracia (2). Mas cuando hemos obtenido la victoria por Nuestro Señor Jesucristo, rindamos á sus pies nuestros laureles; cantemos á la gloria de su nombre, y avivando las llamas de su amor, jurémosle de nuevo fidelidad eterna á su servicio.

¡Cuán dulces son las lágrimas que derrama el corazón al comprender que el Señor lo libra de la mayor desgracia, separarse de Jesús por el pecado! Entonces exclama con David: «El Señor me alargó su mano desde lo alto, y me asió, y me sacó de la inundación de tantas aguas. Libróme de mis poderosísimos enemigos, y de cuantos me aborrecían, porque se habían hecho más fuertes

(1) Prov., XXVIII, 14. Phil., II, 12.

(2) I Cor., X, 12.

que yo. Echáronse de repente sobre mí en el día de mi angustia; pero el Señor se hizo mi protector. Púsome en ancho y seguro lugar; me salvó por un efecto de su buena voluntad para conmigo, porque me amó» (1). Expresión es ésta que llena de ternura el alma, que no puede echar en el olvido que la grandeza del amor divino no consiste en que el hombre haya amado á Dios, sino en que Dios le amó primero (2).

Conmueve, ciertamente, el alma considerar los trabajos de nuestra querida Niña en el desierto: tierna y delicada Virgen, no acostumbrada á caminar, la abrasa un sol ardiente; no verá una nube en el sereno cielo, que intercepte los rayos de aquel astro y amortigüe el brillo de su luz; y con todo, Ella había sido figurada en la nube que hacía sombra á los hijos de Israel en el desierto, y que nunca les llegó á faltar (3).

Si los vientos se agitan, no serán para Ella brisas que la refrigeren; y la calma de la atmósfera en seguida, la llega casi á sofocar; ¡cuántas veces, rendida de fatiga, quisiera descansar y no halla en dónde, porque el desierto no le da una sombra! ¡Oh, Madre querida, cuán dichoso fuera yo si pudiese cubrirte con las alas de mi humilde amor!

María contempla á su Esposo lleno de fatiga, y vuelve sus ojos al agraciado Niño, que asimismo sufre los rigores del calor; y á uno y otro quisiera

(1) Ps. XVII, 17, 20.

(2) I Joann., IV, 10.

(3) Exod., XIII, 21, 22. Versión de los Setenta.

dar alivio: cubre de caricias á Jesús, y dirige á su Esposo palabras de consuelo. La sed la abrasa, y no existe en el desierto una fuente de agua. Otras veces, rindiendo la jornada, casi la falta el alimento, y tiene que sufrir el hambre. Mas ¿no es acaso María la Señora y Reina del mundo? Y sin embargo, camina llena de molestias y pobreza, y sufriendo grandes privaciones. Lleva en brazos á Jesús, pan que descendió del cielo y da vida al mundo, fuente de aguas vivas que salta á la vida eterna; y con todo, María padece hambre y sed ardiente. ¿Cómo podremos, después de esto, quejarnos de los trabajos que el Señor nos mande durante la jornada de la vida? Ni Jesús, ni su querida y dulce Madre, fueron dispensados de ellos; y por esto el hombre no tiene, cuando sufre, que hablar una palabra contra Dios. ¿Qué decimos? Tiene que bendecirle y darle gracias, puesto que si padecemos con Jesús, con Jesús seremos también glorificados (1).

Acércase María al Egipto, llevando consigo al Salvador del mundo. En Isaías estaba escrito: «El Señor subirá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y á su presencia se conturbarán los ídolos de Egipto» (2). Hé allí á Jesús, hé allí á su Madre, entrando por las puertas de la antigua Heliópolis, que será el lugar de su destierro, y donde pasarán tristes y penosos años antes de volver á la patria que han dejado. Tenemos aquí que detenernos un momento: la vida de nuestra

(1) Rom., VIII, 17.

(2) XIX, 1.

querida Niña en el Egipto, llena está de misterios y virtudes que es indispensable contemplar, y los cuales derraman grande luz en nuestras almas.

¡Cuán admirable es Dios en sus designios! Lleva lejos de su patria á la criatura que más ama, haciendo que permanezca mucho tiempo en el destierro, donde no la rodearán las riquezas ni el honor; vivirá desconocida, y como la última mujer del pueblo; su pobreza hará que se sirva por sí misma y gane la vida ayudando á su Esposo con el trabajo de sus manos: coser, hilar, tejer, asear la casa, atender á su Hijo y á su Esposo: hé allí su ocupación; y, sin embargo, Ella es la Señora del universo, la Reina de los ángeles, la Madre de Dios. Confusión eterna del orgullo humano. ¿De qué se ensoberbece la tierra y la ceniza? (1).

Cuando recordamos tales ejemplos de la virtud de nuestra querida Niña, nos sentimos dulcemente inclinados á la humildad; y ya sea que los hombres nos desprecien, ó que nosotros voluntariamente sigamos las sendas de la humillación, aquel recuerdo derrama en nuestras almas un consuelo y alegría muy grandes. ¿Quién no tendrá por gloria imitar á su querida Madre? Y ved cubierto de gayas y vistosas flores un camino que de suyo es triste y espinoso.

Si arrojamos una mirada al corazón de nuestra buena Madre y llegamos á contemplar lo que allí pasa, ¿quién no quedará embargado de admira-

(1) Ecci., 9.

ción y tierno encanto? Jesús absorbe toda la atención de nuestra Niña, forma sus delicias y es el objeto sagrado de su amor y sus desvelos. El Niño nada hace por sí mismo; pero tiene una Madre tierna y amorosa cual ninguna, que le atiende en todo: le faja y envuelve, le arrulla, le da su pecho virginal, y le mece blandamente; busca sus miradas, contempla la sonrisa de sus labios, admira sus gracias infantiles y le adora con amoroso y tierno corazón. Desplega en sus caricias la ternura de una madre, besando ardiente las manos y los pies del Niño; y también recuerda que es su Dios, y humilde se postra, y casi tiembla delante de su Hijo, que es un Señor de majestad inmensa.

Avanza el tiempo, y el Niño va creciendo en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (1). Y el amor y las delicias de la Madre de Jesús aumentan sin cesar. Sin embargo, María tiene que sufrir; y ¿por qué causa? Era pobre, y acaso algunas veces no tenía el alimento necesario que darle á su Hijo, que no tiene á quién pedirlo sino á su Madre. ¿Podremos contemplar, sin lágrimas de ternura, la triste pena de María, que no tiene pan con qué alimentar al Niño de su amor? (2). Acaso le manda que lleve á entregar una costura y reciba el precio que por ella le han de dar; mas la costura es recibida, y el Niño, desairado, tiene que volver sin el precio con su afligida Madre. Entretanto, humilde y resignada la Santa Virgen, bendice á Dios.

(1) Luc., II, 52.

(2) D. Bon. Medit., c. XII.

Así pasaban los años del destierro, hasta que fué llegado el tiempo en el cual el ángel del Señor ordenó á José que volviese á la tierra de Israel, porque habían muerto los que atentaban á la vida del Niño. Y añade el Evangelio: «José, levantándose, tomó al Niño y á su Madre, y vino á la tierra de Israel» (1). Ahora, pues, veremos á la Santa Familia desandando el camino del desierto para volver á su patria.

El Niño ha crecido, y ya no puede volver en brazos de su Madre; y, por otra parte, en su tierna edad no puede sostener, caminando á pie, tan penoso y dilatado viaje. Tal vez José ha conseguido en qué llevarle, y esto hará menos penoso el camino; con todo eso, el sol ardiente y el viento abrasador vendrán á fatigar al Niño Dios, que sufrirá también la sed y el hambre, sin embargo de poder decir: «Si yo tuviere hambre, no acudiré á ti, porque mía es la redondez de la tierra y cuanto ella contiene» (2).

Cuando la Santa Familia vino á la tierra de Israel, sabiendo José que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado entre sueños, retiróse á tierra de Galilea. Y vino á morar en una ciudad llamada Nazaret, cumpliéndose de este modo el dicho de los profetas: «Será llamado Nazareno» (3).

Hemos llegado á nuestra amada Nazareth, la ciudad donde tantos años vivió el Hijo de Dios

(1) Matth., II, 21.

(2) Ps. XLIX, 12.

(3) Matth., IX, 21, 23.

en el retiro y la oración, y ganando el sustento con el trabajo de sus manos. Vida divina y admirable, cuyos recuerdos llenan de ternura el alma. El Hijo de Dios, el Criador del mundo, ved cómo se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante á los demás hombres, y reducido á la condición de hombre (1).

La humildad del Hombre Dios tiene para el corazón de los mortales una fuerza que subyuga y encadena. Él dirá después: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (2); mas antes que estas palabras salgan de sus divinos labios, dará al mundo entero el ejemplo de su adorable humildad..... ¿En dónde está su infinita grandeza, ó en qué sitio tiene oculta la luz inaccesible de su rostro? ¿Dónde los ángeles, cantando sus divinas alabanzas? Bien está que María y José, de vez en cuando, viesen irradiar de su semblante la hermosa y pura luz de su alma santa, ó que descubrieran á los ángeles sirviéndole, y cansando su poder y su grandeza (3); mas con todo, Jesús aparecía delante de los hombres como el hijo de un humilde artesano (4).

Descubrimos en el tierno misterio que examinamos, que las persecuciones, los trabajos, la humillación que Dios nos manda, pruebas son del tierno y singular amor que nos dispensa. El Señor castiga á los que ama, y en los cuales tiene puesto

(1) Phil., II, 7.

(2) Matth., XI, 29.

(3) Stæ, Birgit. Rev., I, 6, c. 58.

(4) Luc., III, 23.

su afecto, como lo tiene un padre en sus hijos (1). Sin duda no olvidaba estas hermosas palabras aquel Vaso de elección, cuando decía: «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia; la paciencia sirve á la prueba, y la prueba produce la esperanza; esperanza que no trae confusión, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (2).

¿Qué vendrán á ser también á nuestros ojos las tribulaciones y amarguras, si en todas ellas descubrimos el sello de la predilección de nuestro Dios?

Pero aun hay más: esos trabajos y penalidades de que hablamos nos vuelven conformes á la imagen de Jesús, á quien el Padre no perdonó (3). Esto lo vemos, no sólo en la pasión y muerte del Divino Salvador, si que también en todos los demás sufrimientos de su vida mortal. Ahora, ¿quién podrá decir cuán inmensas y abrasadas sean las ansias con que debe suspirar el corazón por adquirir aquella dichosa y celestial conformidad? El Hijo de Dios huye al Egipto, sufriendo los trabajos de un camino penoso y dilatado: su tierna Madre pasa en el destierro largos años, sufriendo allí también amargas privaciones. Y nosotros, que somos hijos de María y tenemos por hermano al buen Jesús, ¿pudiéramos rehusar el padecer?

(1) Prov., III, 12.

(2) Rom., 5, 3-5.

(3) 8, 32.

Más bien en todas partes buscaremos las penas y las cruces, pidiendo á Dios nos haga oír estas palabras, que llenan de consuelo el alma: «Vosotros beberéis mi cáliz» (1). Y si alguna vez, desfallecida el alma, no quisiere caminar en las sendas del dolor, le diremos: «¿Cómo rehusas apurar el cáliz que tu Padre te presenta?» (2).

Mas ¿por ventura nuestra querida Madre, en medio de sus aficciones, no tendría consuelo? Era Dios quien permitía que viniesen á oprimirla tantas penas, y Dios no aflige como aflige el hombre, porque lleva siempre un corazón de padre, y no se deleita en nuestra perdición; por esto, después de la tempestad nos da bonanza, y tras de las lágrimas y suspiros infunde el júbilo (3); cambia nuestro llanto en regocijo, y nos sabe revestir de gozo (4).

María, pues, era frecuentemente consolada por Dios mismo, y la prueba de esto la tenemos en la vuelta á su patria: ya deja la tierra extranjera, y viene á morar en la herencia del Señor; sus ojos volverán á ver la gloria del templo de Salén, donde pasó el tiempo de su infancia, y á donde también irá todos los años para ofrecer á Dios sus oraciones. Vivirá tranquila y retirada en el recinto de su humilde casa, en compañía de su querido Niño y su venerable y santo Esposo. Así se porta siempre Dios con los que ama: no deja que el do-

(1) Matth., 20, 23.

(2) Joann., XVIII, 11.

(3) Tob., III, 22.

(4) Ps. XXIX, 12.

lor pese sobre ellos de continuo, haciéndoles por fin desfallecer; y por otra parte, modera sus gozos y consuelos; y de esta suerte, el hombre, en medio de sus penas implora su socorro; y entre el júbilo que inunda su alma, bendice las misericordias del Señor, diciendo con David: «Será mi gloria cantar tus alabanzas» (1). Esta conducta nos revela cuán bueno es el Señor para nosotros, y la insensatez del hombre que no descubre en ella la divina clemencia, que así nos lleva derechamente al cielo.

Y ¿qué diremos contemplando que el hombre muchas veces añade á su ignorancia la criminal murmuración de aquella adorable conducta del Señor?

Por lo que á nosotros toca, será nuestro modelo la conducta de María, resignada y humilde, y bendiciendo á Dios, cuya amorosa y adorable providencia la lleva de la mano por todas las sendas de la vida: lo mismo en el destierro que en la patria, Dios está con Ella; si la sombra del dolor vela su faz, recuerda que la sombra de Dios lleva la salud á todas partes, y que ninguno que confió en Su Majestad fué confundido (2); y que también al que arroja en el seno del Señor sus ansiedades, Dios mismo le ha de sustentar, no dejando al justo en agitación perpetua (3).

Si Dios sonríe de amor y ve con dulces ojos á su amada, su amada le adora y glorifica, y canta

(1) Ps. cit.

(2) Eccl., II, 11.

(3) Ps. LIV, 22.

sus divinas alabanzas. Notemos, por último, una circunstancia en el misterio que venimos contemplando. María nunca recibe las órdenes del cielo, relativas á la permanencia ó cambio de la Santa Familia en los diferentes puntos donde tiene que vivir, sino José: ¿cuál es la causa de esto? El gran Patriarca fué destinado por el Señor para servir á nuestra Reina (1), á quien, después de Jesucristo, se referían las disposiciones del Altísimo; y por otra parte, la santidad del Esposo de María lo hace muy digno de recibir esos favores. Ocupado siempre en Dios, y olvidando los cuidados de la tierra, gozaba con frecuencia de la vista de los ángeles que le anunciaban las órdenes del cielo (2).

Maniféstanos lo dicho la grandeza de José, como asimismo el que María, mejor que el gran Apóstol, podía decirnos: «Mi morada está en los cielos» (3). Porque su corazón y todos sus afectos se ocupan en Jesús. Santa y admirable gradación, que nos lleva naturalmente á contemplar la intimidad de nuestra Niña con el Señor; y casi se vuelve inexplicable el misterio de su amor y sus desvelos para el hombre. ¿Puede haber lugar para nosotros en ese corazón que ocupa Dios enteramente? ¿Podráse interesar en nuestro bien, y ser como eterna providencia para el hombre, cuidándole en todos los caminos de la vida, colmándole sin cesar de bendiciones? Y sin embargo, ello es así; vivimos en el corazón de nuestra Madre que

(1) Imperf., Hom. II. Sup. Matth.

(2) Rabbanus in Catena.

(3) Phil., III, 20.

nos ama y protege en todos los momentos de la vida, porque Dios le ha dado un corazón muy grande y lleno de ternura para el hombre, y cuya gracia bastaría para salud de todos los mortales (1).

¡Oh, dulce y santa Madre, hermosa peregrina, que por salvar la vida de Jesús dejaste tu patria, y exponiéndote á los riesgos del camino, vas á morar en lejana y enemiga tierra! ¿Quién, sino tú, será la que camine delante de nosotros, mostrándonos la ruta que seguir debemos por el triste desierto de la vida? Todo lo dejas por no exponer la preciosa vida de tu Niño: el hogar, los parientes y la patria; haced que nosotros, á tu ejemplo, lo dejemos y perdamos todo antes que perder la gracia del Señor; que nos separemos de los sitios donde pelagra la virtud, abrazando los trabajos, el destierro, la pobreza y todas las penalidades de la vida, por no perder á Dios. Tu ejemplo nos alienta y fortalece; mas Tú misma llévanos en pos de Ti al olor de tus suavísimos aromas, para que jamás dejemos las sendas del Señor.

(1) D. Thom., Op. VIII. In salut. Angelic.